

Los infinitos perfiles del bosque

Por Diego Ulises Alonso Pérez

Bosque de Niebla (2017).
Dirección: Mónica Álvarez Franco



Hace algunos años descubrí la permacultura, la agroecología y todo lo que rodea a estos conceptos. Así e impulsado por el deseo de saber más sobre esos temas terminé tomando unos cursos al respecto en *Las Cañadas*, una cooperativa dedicada a la producción agroecológica que sigue estos lineamientos. Fue fascinante ver cómo es posible vivir, producir, distribuir e intercambiar de otra manera, no contra la naturaleza, sino con la naturaleza, como dice aquel principio de

la permacultura. Lo que más me fascinó fue el bosque comestible, pues permite producir alimentos y otros productos útiles imitando las funciones e interacciones de un bosque nativo. Es verdad que no puede alcanzar ni cumplir exactamente las mismas funciones que un bosque nativo, pero me sigue pareciendo increíble que se pueda producir alimentos a la vez que se absorbe dióxido de carbono y se ofrece un espacio donde pueden vivir infinidad de aves, insectos, microorganismos, bacterias, reptiles, etc, un lugar que es muy cercano a un bosque natural y que es completamente opuesto a la manera contaminante en que producimos alimentos.

La cinta aquí en cuestión nos muestra la vida cotidiana de los miembros de esta cooperativa, eso sí, no es documental sobre permacultura o agroecología o bosques comestibles, tampoco sobre el ecosistema llamado bosque de niebla — el cual cubre aproximadamente el 1% de la superficie total de nuestro país— y que es el ecosistema donde se encuentran. El propósito es otro y consiste más bien en ofrecernos, en distintas escenas, algunas historias y momentos de los habitantes de esa cooperativa. Y precisamente esto es lo que siempre me ha gustado del cine: su capacidad para darnos otros perfiles de las cosas, muchos de los cuales nos pasan desapercibidos.

La fenomenología husserliana nos enseñó, magistralmente, que todo percibir es un percibir desde perfiles, caras, aspectos, las famosas *Abschattungen*, es decir, siempre vemos (u oímos o sentimos o palpamos o recordamos o imaginamos) sólo un lado a la vez y nunca todas las caras desde todos los ángulos y al mismo tiempo, aunque estos otros perfiles —o escorzos— están presentes en su ausencia. Dicho técnicamente: están apercebidos junto con el lado actualmente percibido, pero justamente como algo ensombrecido, como lo que rodea. Si hay algo que no deja de fascinarme de mi cinefilia es precisamente que me permiten echar un vistazo a otros perfiles, por ejemplo, de la tristeza, de la alegría, del fracaso, del amor, etc. Pero no sólo eso, también de los sonidos, de los colores, de las formas, de los objetos. Creo que nunca había escuchado sonar el teléfono de mi casa tal cual lo hice después de ver *El espejo* y *Stalker* de Tarkovsky. O, siendo más precisos, nunca había escuchado ese perfil, me había pasado desapercibido; es verdad que ahora, no siempre lo escucho de esa manera, pero siempre me es grato, al oírlo timbrar, revivir esas escenas. Lo mismo diría de la puesta o de la salida del sol. Y no es que no hubiese disfrutado de la contemplación de un ocaso,

- **Los infinitos perfiles del bosque**

sino que, en su infinidad de modos de darse, me habían pasado desapercibidos algunos aspectos. Por ello, tengo que confesar que mi experiencia se enriqueció después de esas magistrales escenas de *Luz silenciosa* de Carlos Reygadas, las cuales me han hecho contemplar de otra manera el nacimiento del astro que gobierna el mundo visible en la tierra. Probablemente esto que afirmo es extensible a las demás artes: leer una novela o escuchar una sinfonía nos dan otros ángulos de las cosas que nos rodean y, por ende, del mundo; algunos de los cuales seguramente, hasta entonces, nos habían pasado desapercibidos.

Imagen 1. Fotograma de la película.



Fuente. Secretaría de Cultura, México.

Pero quiero regresar a la película en cuestión: es curioso, extraño y hasta desconcertante ver retratados lados, perfiles y otros ángulos de un lugar que conozco y que me parece tan familiar. A decir verdad, tampoco he estado tantas veces ahí, sólo he asistido a un par de cursos. De todas maneras y por alguna extraña razón, me parece un lugar familiar y conocido. Y esta es la primera vez que veo una película que retrata un lugar que me parece cercano¹, al menos, es la primera en la que explícitamente me doy cuenta de ello. Por lo tanto, gracias a la realizadora, Mónica Álvarez y a su equipo, me fue posible acercarme a otras caras de esa coo-

¹ Se me ocurren un par de películas más que me dan esa sensación. Sin embargo, ni siquiera me había percatado de ello, hasta ahora que reflexiono sobre este punto al redactar estas líneas.

perativa, sus prácticas agroecológicas y el bosque que la rodea, en el que habitan tantas plantas, arácnidos, insectos, flores, aves, y demás animales. Los bosques son justamente eso: el hogar en el que se despliega la existencia de una infinidad de seres vivos y en el que se entrecruzan las historias personales de cada uno, de una manera en la que las existencias singulares de cada cual contribuyen al beneficio y equilibrio del sistema-bosque. ¡Que desgracia que la humanidad entera no viva enmarañada en bosques y los haya dejado para irse a enredar en ciudades tan alejadas de la naturaleza! Hasta las ciudades más “ecológicas” que conozco, llenas de árboles, parques y demás, están tan desconectadas de este tipo de bosque, de esta naturaleza salvaje, pues apenas nos entregan una versión descolorida, desabrida, empobrecida y rebajada a su versión más domesticada e incluso me atrevería a decir: nos dan una naturaleza lo más urbanizada posible (desde luego, eso es mejor que únicamente concreto).

Todo esto me hizo sentir la cinta y lo que más agradezco es que en ella sea visible justo ese bosque alrededor del existir de los que ahí habitan. El bosque es el espacio en el cual puede acontecer y desplegarse armónicamente la vida misma. Resguarda y da refugio a las aves, posibilita el florecimiento de sus plantas, se mueve al ritmo de las estaciones, mientras produce alimento suficiente para las cabras, las lombrices, las arañas, los insectos y hasta para los humanos. Pero también es el lugar de la muerte, del sacrificio de sus habitantes, el lugar, por ejemplo, en que las mariposas son devoradas por las aves; pero justo la pérdida de una vida es el símbolo del agradecimiento de esa armonía del bosque, él es esa armonía entre todos los seres que en él habitan, justo ese sacrificio es una ofrenda que celebra la afirmación y reafirmación del indestructible y eterno, aunque a la vez frágil y efímero (por más paradójico que esto pueda sonar), equilibrio de la vida. El bosque es, en cierto sentido, nuestro *arjé* con toda la multiplicidad de significados de esta palabra. Es nuestro principio, es nuestro fin, es nuestro fundamento, es nuestro origen, es aquello que gobierna y aquello que rige. Quizá suene exagerado, pero terminaría simplemente señalando que los bosques tienen infinidad de perfiles que nos pasan desapercibidos y cuya contemplación e imitación podría reconducirnos a una vida más apacible, sostenible y en equilibrio con nuestro entorno.